
La crisis de la Cultura

En el mundo presente, dominador y poderoso, que se siente a sí mismo potencialmente capaz de enfrentar cualquier desafío, con la disposición de infinitos recursos y la ciencia a su servicio, y que desde hace ya mucho se declaró como un mundo “en crisis”, decir que algo está en crisis no implica un juicio trágico ni definitivo, y puede ser sólo una advertencia o una fórmula para proponer medidas. Las crisis pueden considerarse parte de la vida. La palabra crisis es una forma fácil de nombrar la situación de muchas cosas que se ve que se quiebran o se debilitan, que de seguras se hacen inciertas o que entran en un proceso profundo de transformación.

Por eso sorprende observar que haya cosas que se mantienen a un lado y como protegidas de ese diagnóstico, como nos parece ser el caso de la Cultura, con mayúscula.

Se denuncia a sus enemigos, a lo que se ha dado en llamar la “cultura de masa” (mass culture), que estaría siendo inducida día a día y fríamente desde la enajenación y, a la vez, siendo orientada hacia ella y al “consumismo”; y se puede hacer también la crítica del sistema escolar imperante, y de la educación representada por él, ni más ni menos que como antes se hacía con la educación gobernada por la Iglesia; pero a la Cultura, con mayúscula, como entonces a Dios, no se le toca.

No serían de poco peso las razones para esto: al fin y al cabo la cultura ha venido a ser, como la paz, una de las pocas referencias comunes universales, algo a lo que todos podrían aportar lo mejor de sí mismos, sin conflicto y con la aceptación unánime y el total respeto de los demás.

¿Qué sentido podría tener el lanzar piedras contra ese cielo del hombre, que es de todos y en cuya última rosa o esfera se constelarían las más nobles y altas manifestaciones del espíritu humano?

Por otra parte, la crisis de la fe en ese cielo no podría menos que comprometer la legitimidad establecida sobre otras cosas que son el último y firme baluarte contra las tiranías, la barbarie, la desintegración social y el nihilismo: valores fundamentales de la humanidad; instituciones construidas con un largo y gran esfuerzo que no tendrían reemplazo imaginable y, por último, el propio discurso sobre la sociedad y el futuro que históricamente generó y sigue avalando lo mejor del discurso político vigente.

Pero ello no quita el hecho de la existencia de una inquietud sobre el asunto, una inquietud y escepticismo persistente: que pudiera ser tiempo ya de atender para restablecer precisamente con nueva fuerza y mayor profundidad lo que se ha de hacer. Como en tantas otras cosas, el tema de la crisis podría servir a la defensa de lo que está en crisis.

Planteadas así las cosas, nada habría que temer de un reexamen de la invocación que actualmente se hace de la cultura.

Pensando así, estas páginas pudieran servir como una propuesta de pauta comentada para una discusión del problema.

Como se trata de una pauta tentativa y abierta, hemos evitado la numeración de los asuntos, cuyo orden no importa demasiado.

Tendríamos que situarnos primero, muy claramente, en lo que está en juego precisamente en la invocación repetida de la cultura.

Parte de la crisis de la cultura sería justamente el malestar que produce una invocación tan reiterada y que sirve ambiguamente a tantas cosas diferentes. Y en esto habría mucho que confesar y aclarar.

Porque no hay duda de que la Cultura, con mayúscula, fue también concebida, en parte muy importante y como tantas otras abstracciones de su estilo, como un expediente y proyecto de atajo. Sería lo que de hecho permitió incluirla como una verdadera empresa dentro del proyecto social y político.

En efecto, la cultura, como concreción abstracta de una serie de metas ideales de alta civilización, se impuso sin dificultades como un objetivo importante en el horizonte ideológico y social; pero demasiado a su lado se instauraron de inmediato unos valores cuando menos dudosos y, junto a ellos, unas vías formalizadas de realización de ellos mismos tan poco puras como astutas.

Este sería el primer juicio a examinar.

Frente a la idea de la cultura, entendida a la vez como acervo y como

realización de saberes, de experiencias y de producciones teóricas y artísticas, se habría planteado un proyecto de asedio social escalonado de ese acervo. La cultura se habría consagrado así, socialmente, como una vía alternativa de acceso, individual y colectivo, a los honores, a la participación política y a las satisfacciones que habían sido monopolio tradicional de la cuna y la riqueza.

Sin cerrarse a la posibilidad de la utopía, el planteamiento de la cultura habría logrado entonces abrir en la realidad social, tal como se daba, y sin necesidad de denunciar su injusticia, una vía privilegiada de concurrencia igualitaria hasta su cúspide. Y, al hacerlo, su solo planteamiento habría aproximado de algún modo, ideológicamente al menos, el cumplimiento de la utopía.

Esto explicaría el hecho de que muy pronto nadie pudo rechazar a la cultura, fuente, camino y promesa de tantos bienes.

En alguna forma, como antes la religión en sus distintas vertientes, como la vida religiosa, la predicación, sus sacramentos y ritos, la teología o la santidad, la cultura habría desplegado también un amplio abanico de posibilidades acreditadas. Y ella habría servido también como nueva compensación tranquilizadora para los sentimientos y la conciencia del individuo, frente a sí y al género humano, tanto en lo presente como con vista al futuro. En suma, la cultura se convertía en un nuevo atrecho o rodeo providencial frente a un orden social injusto que no era posible impunemente, ni acaso deseable, intentar quebrar de una vez.

Y mirada así, desde “abajo” o desde “arriba”, e incluso desde lo que pudiera intentarse pensar o hacer desde una posición prudente o “equidistante”, la cultura sería también, por lo mismo, una carta política muy apetecible, apropiable y susceptible de ser manejada en muchos sentidos; poderosísima además, como bien lo supieron las civilizaciones antiguas (Grecia, la Iglesia en la Edad Media y los príncipes mecenas de todos los tiempos), para afianzar un poder o una política; y no sólo en lo interno, pues la cultura sería también una carta de gran peso y argumento moral en las relaciones entre pueblos y Estados. Sólo en lo social interno la cultura podía ser, por su misma multiplicidad incontrolable de caras, un riesgo para un poder establecido; pero esto sólo obliga a saberla jugar con cuidado.

Considerando todo esto y lo que se ha visto después, darían ganas de decir que, como en todos los frutos tentadores del viejo árbol del conocimiento, híbridos todos de árbol y de serpiente, en la Cultura, con mayúscula, se cifraba también toda la vida, el poder del cielo y la muerte.

Pero a la historia de la Cultura, con mayúscula, para entenderla, es preciso engazarla en el momento europeo en el que, paralelamente al

camino de la ciencia, que ya entonces comenzaba a asumirse también como una empresa promisoras, pero en un registro filosófico especial, adquirió un cuerpo particular y de gran dimensión la preocupación por la cultura en general.

Esto es importante porque esta preocupación tenía, por cierto, largos y antiquísimos antecedentes, pero en la Europa moderna, enseñoreada subjetivamente, incluso más allá del hecho, de toda la Tierra, fue una preocupación que iba más lejos de lo adjudicable a la inagotable inquietud filosófica humana o a la vieja búsqueda de la gloria de un revestimiento hermoso o monumental para un presente próspero: la cultura se convertía en una nueva dimensión clave de la concepción abierta del mundo humano.

Se sabe que a ello ayudó decisivamente el choque de culturas de la colonización, y que por la sola extensión del campo y la profundización del propio concepto se hubo de aceptar su constante reformulación para ir abarcando, precisamente en los diferentes órdenes de cosas, las contradicciones aparentes que imponía la realidad por encima de cualquier filosofía o teoría previa: finalmente, hoy o aquí, la cultura sería una cosa, y mañana o allá, otra.

La hibridación se habría producido cuando comenzó, paralelamente, a ganar prestigio lo que se identificaba ya no sólo ni tanto con el cultivo original, vale decir con las obras mismas del espíritu y de las artes, sino con la cultura en síntesis, objetivada, tanto en su "idea" como en relación con la sociedad, como una coronación; e identificada en lo inmediato con los cauces imaginados de su desarrollo o de su promoción organizada, y aun con lo que iría entendiéndose, en cada caso y tiempo, como su más autorizada representación.

En un lapso de tiempo que cubrirían fácilmente dos o tres vidas humanas razonablemente largas, diríamos que todo esto fue muy rápido. Sólo por las muchas e intrincadas vías cruzadas en que se dio, es un proceso que nos resulta tan difícil de reconstruir. Pero habría que recordar algunas cosas. Se reconoce, por ejemplo, que Francia y Alemania jugaron en él un papel particularmente destacado. Y algunos grandes museos quedan como un cierto registro de ese momento.

Pensando en el tesoro griego del British Museum y desde luego en el Louvre desde Napoleón, no hay que decir que pocos nuevos imperios o Estados con vocación imperial habrían estado libres de la tentación de un gran saqueo que podía permitirles armar en sus capitales esas fantásticas e imponentes mezclas de muestrarios, panteones y templos llamadas a perdurar no sólo como lugares de conocimiento, de estudio y de meditación, sino también como símbolos de su poder, de su grandeza, de su raíz histórica y de su universalidad. Emulas de Roma, las capitales

europas pasaban a ser todas centros indiscutibles del mundo, y los museos que las adornaban, émulos del Vaticano, se constituían en los nuevos santuarios de peregrinación, y su visita se hacía inexcusable, en razón de la cultura, para las gentes de algún rango o pretensión que podían llegar o hacerse llevar, como fuera, hasta ellos. En América Latina, la memoria del folclor político conservaría en cada país, a costa de un buen número de encumbrados personajes, muchas anécdotas sobre el fenómeno.

La cultura ya era entonces, queda claro, un atajo importantísimo, como se dijo, hacia muchísimas cosas, y al mismo tiempo introducía toda una escala de diferenciaciones decisivas entre los miembros de una sociedad, rica o pobre. A pesar de que la cultura, sin mayúscula ni adjetivos, se fuera reconociendo cada día más como el patrimonio esencial e inseparable de cualquier humanidad.

Se entendía, en efecto, que la cultura, a secas, comprendía todo el ser social: el existir, el sentir y el saber humanos y, por lo tanto, todas las formas, instituciones y cosas dejadas por los seres humanos, incluidas creencias, ideas, formas de relación, de organización y producción, lenguas, utensilios, adornos, leyes, alimentos y sepulturas. La cultura era en esto como el título general del gran archivo de la humanidad. Y claro que, como en todos los archivos, lo más antiguo o difícil de obtener y lo raro tenían un precio mayor que lo común, y el pasado resultaba más importante o interesante que el presente, salvo en lo inexplorado o lo casi intocado que tenía también un valor singular.

Pero en un segundo sentido, mucho más restringido pero más decisivo para el común de los miembros de una sociedad *culta*, con la misma palabra se nombraba el saber y la experiencia del conocimiento sensorial directo de sus manifestaciones más notables. Y ello como acreditación particular de ese desiderátum de saber general amplio, humanístico, histórico, geográfico, literario y artístico, que honraba a cualquiera. Y, por último, en una derivación muy desvirtuada pero ya del todo inexcusable de lo mismo, la cultura era el conjunto de barnices de ese saber, requeridos como exigencia perentoria de mínimo decoro social personal.

A partir de este último aspecto, el postulante a un lugar reconocido o reconocible con dignidad en medio de una sociedad respetable en términos de civilización, tendría que vestirse, por así decir, exterior e interiormente, aunque fuera muy superficialmente, de algo de la cultura de todas las épocas. Y éste sería el primer gran ofrecimiento de la escuela secundaria y sus libros, preparados cuidadosamente, como antes *ad asum delphini*, para el uso de los nuevos súbditos, libres y delfines también, del reino igualitario de la contemporaneidad.

Hasta un modesto ciudadano convertido así, vía la alquimia escolar, en un hombre “contemporáneo”, podía llegar a presentarse sin vergüenza, aminorando insalvables diferencias sociales dolorosas y de fortuna, en lugares socialmente importantes de reunión. Sobre esto hay que leer a Gogol y a Dostoievski. Y también por esta vía un hombre sin mayores atributos se impondría naturalmente, con legítima autoridad, ante otros como él, pero que no tuvieron su suerte o su talento, y que por lo mismo tendrán que aceptar esperar, para acercársele, como clase o como estirpe, el tiempo histórico necesario para salvar esa brecha o lograr su metamorfosis.

Pero, así y todo, también cabrá admirar la nueva vocación que se extenderá como un nuevo camino de superación, en la más pura devoción y dedicación al culto de la cultura.

Es evidente que, sin necesidad alguna de ironizar inútilmente ante los hechos, algo se subleva contra todo esto en el fondo de cualquier espíritu libre. ¿Fue nada menos que ésta la obra del sueño ilustrado igualitario del siglo XVIII y, al fin, de esa larga carrera de Europa, que no tuvo piedad con el hombre cuando sus clases gobernantes se sintieron llamadas a ser dueñas naturales de todo el planeta? ¿Y culpa, por último, de ese nuevo orden surgiente, mentirosamente democrático e impuesto en verdad desde los flamantes nuevos ritos e iniciaciones civiles institucionales perfeccionados bajo la égida sin contrapeso de la nueva nobleza del poder político y del dinero?

Esta pregunta, planteada así, podría, es claro, ser objetada como la de un fiscal tramposo. Pero, aun sin hacerla así, la pregunta histórica abierta, que nos llevaría a tantas cosas y que puede fácilmente ser dejada de lado con cualquier respuesta cansada, encogida de hombros, afirmativa o circunstanciada, es evidente también que tampoco interesa demasiado, salvo por lo que hiciera al presente y para conjurar la falta de rigor a la extrema ingenuidad de un hablar sobre la Cultura, con mayúscula, como de algo obvio, inocente, maravilloso o solamente grande y bello.

Este es el problema. Y, en verdad, por cuestión de pura sensibilidad, si no de pudor intelectual elemental, a las alturas de lo vivido por la humanidad sólo en este siglo, el asunto, como tantas otras cosas que hace cien años todavía eran materia de sesudas y candorosas polémicas filosóficas, casi ya no da para ser tratado.

Es grande y terrible, en efecto, pero al mismo tiempo feliz, la conciencia culpable alcanzada por la “civilización” en nuestros días. Ya no caben argumentos justificatorios de ninguna clase en términos de “etapas” históricas, errores heredados o problemas de arrastre, ni en térmi-

nos de diagnósticos optimistas fundados en comparaciones indebidas del presente con el pasado.

El costo de las empresas del Estado liberal, en estrecha alianza con la libre empresa de los ricos, y el costo de las empresas de la libre empresa de los ricos, en alianza con el Estado liberal, ha sido y es tan alto como la inequidad sostenida y acrecentada entre la vida y los medios al alcance de los dueños del mundo, por un lado, y la vida y la miseria de los centenares de millones de seres humanos esclavos de un alimento de hambre. Y no hay duda de que también la empresa pública y privada de la educación y la cultura ha servido a todo esto, directa o indirectamente, porque ha sido impuesta como la forma legítima y más abierta y generosa de la selección y distanciamiento de los dos grupos.

Si podemos acordarnos de la relación de la alta cultura con los imperios del siglo pasado en los grandes museos, probablemente podemos llegar a concordar también en la sospecha de que cuando Napoleón le dijo a Goethe, la mañana de ese tan esperado y temido encuentro que nunca olvidaría Goethe: “Hoy, la política es el destino”, la conmoción que sintió entonces y que confesó más tarde el autor del *Fausto* no se debió sólo a la impresión que le causaba su interlocutor, y que en sus respetuosas y amables razones le acababa de demostrar, con unas palabras, un sorprendente conocimiento exacto y crítico de su *Werther*, tan sutil como para detectar las fallas y vacilaciones más secretas del desarrollo de su trama. Y la afirmación de Napoleón no venía tampoco al caso del encuentro y tópico de las armas y las letras. Porque de lo que Napoleón reclamaba era del desfase histórico que se pronunciaba entre los términos políticos en que ya se estaba jugando y se iba a jugar en adelante el destino, y el cuento o el drama de los sentimientos y de las pasiones en que la literatura insistía o continuaba planteando el problema.

El episodio vendría muy al caso de esa suerte de regodeo engolado y sabihondo en que se envuelve tan frecuentemente, cuando se reservan los arranques panegíricos, el tema de la cultura. Pero, sobre todo, nos trae al problema de fondo envuelto en la empresa de la cultura, exactamente en el sentido social y político que ella asume y tiene hasta el día de hoy en los Estados contemporáneos.

En esa empresa, en efecto, a la cultura se le vincula indisolublemente con la educación impartida por la escuela, entendida ésta como la vía institucional única de un encuentro con un peculiar destino, que cada día se nota más claramente que tiene menos que ver con las preocupaciones de Goethe y de sus héroes y más con la política, y ello muy crudamente aunque en forma nada explícita.

La organización de la educación y la cultura, de acuerdo con los ar-

gumentos en que se les presenta, abriría, por un lado, el camino al desarrollo económico, científico y tecnológico, y también a la armonización, al crecimiento y al bienestar de la sociedad como tal; y culminaría, por la otra punta, en el florecimiento y cumplimiento de la existencia humana, en términos de todos los valores y de la peculiar actividad y las metas que definirían la vocación última de ésta. A la postre, si no textualmente, no sería otro el discurso oficial.

Claro que, dicho así, suena a disparate. Lo terrible es que igualmente podría decirse, menos disparatadamente, que ella funciona también a la maravilla como final panacea universal, y tanto en su práctica ideologizada como en su idea idealizada, para la final inducción eficientísima y el cercioramiento, en sus favorecidos, de la buena conciencia de la dominación y en la multitud marginada por sus menores logros de la aceptación de su destino en el sometimiento.

El problema podríamos representarlo brevemente proponiendo la siguiente composición de lugar: puestos a escoger entre una versión y la otra, ¿cuál sería el jurado de hombres probos, alertas y doctos que se atrevieran a sostener sin rubor lo primero y a condenar como una distorsión inadmisibles de los hechos lo segundo?

Hablando sin respetos reverenciales y con la misma brusquedad que es de rigor para hablar de otras cosas muy serias que también comprometen en nuestros Estados la vida de los hombres, y en rubros acaso menores y ciertamente menos normativos que el de la educación, es evidente que la canalización u organización institucional interconectada y totalizadora de la educación, tal como hoy la entendemos es, en el planteamiento educacional actual, el único hecho cierto. Todo lo demás funcionaría en la forma de verdaderas supersticiones, cuando no de calculadas ventajas operativas, a la postre exclusivistas, discriminatorias y explotadoras, siendo el único problema de fondo por dilucidar el saber por qué ello se acepta.

O, dicho de otro modo, el problema sería saber cuál es o sería el conjunto del postulado supuesto, del “*si y sólo si. . .*”, del pretendidamente irrefutable teorema contemporáneo de la actual organización de la educación y la cultura en el que de hecho y visiblemente las dos cosas terminan convirtiéndose en la misma palanca colonial o de clase, sutil y tramposa, manejable de mil maneras en perjuicio de la grandeza y dignidad de la tradición y del saber del pueblo, a partir de lo que Michelet hace 134 años llamó las *fatalidades interiores y exteriores intelectuales y morales de nuestra edad*.

La mayor objeción que se nos ocurre que podríamos hacernos a nosotros mismos sobre este trae a cuento esas palabras de Napoleón a Goethe, sería la de que, bien entendida *la política* como lo que hoy

entendemos por ella, siempre fue así, que la política fue el destino. Para abundar solamente en este argumento, se podría citar al propio Aristóteles, que dijo:

Ella, en efecto, determina cuáles son las ciencias necesarias en los Estados, y cuáles las que cada ciudadano debe aprender y hasta dónde. ¿O no vemos que las disciplinas más estimadas están bajo ella, como la estrategia, la economía y la retórica?

Pero esto es difícil de afirmar. No sabemos tanto. Y el problema es que nunca, ni menos hoy, se trataría de descubrir el sentido general en que todo pudo haber sido siempre lo mismo, sino, al contrario, de ver, precisamente, las diferencias, todo lo relativas que se quiera, para reconocer lo propio de nuestro tiempo. El caso, de todas maneras, es que Goethe no replicó ni comentó después nada en contra.

Si la cronología es uno de los ojos de la historia, las fechas de las cosas quizás pudieran ayudarnos. Porque, insistamos, de lo que se trata es de entender de la manera más sencilla posible por qué un mundo político nacido de una gran revolución, que incorporó a la totalidad del pueblo como principal sujeto histórico a la decisión de su destino y que proclamó la *igualdad* y los *derechos del hombre* y del *ciudadano*, la *libertad* y la *fraternidad*, acepta, como un principio de conducción permanente, y por lo tanto como un principio no injusto, una jerarquización de hierro de la sociedad, para todos los efectos prácticos absolutamente implacable, en términos del escalamiento o “graduación” individual y calendarizada de una pirámide escolar y cultural institucional inevitablemente estrechísima y condicionada, de partida, económica y culturalmente, desde todo punto de vista.

Desde esa ascensión competitiva y selectiva, en efecto, se fija el valor relativo de los productos del trabajo y su remuneración, las remuneraciones especiales de los empleos, la adjudicación de éstos, los seguros y beneficios sociales, las promociones, etc., y con el agravante del carácter sin retorno que, en el novecientos noventa y nueve por mil de los casos, tiene socialmente el viaje de los privilegiados y de los elegidos, en su alejamiento acelerado de la situación y de las actividades de los que quedan fuera o atrás.

La descripción de las modalidades del escalamiento y de los condicionamientos subculturales de esa pirámide, de los años a que obliga la hazaña, de los recursos de todo orden que ella exige y, ya en particular, de sus condicionamientos físicos, psíquicos, intelectuales y de sensibilidad y sociabilidad, estilo, lenguaje, lógica y ritmo, de atención, de resistencia y de continuidad, de “conducta”, “orden” y “urbanidad”,

de “aprovechamiento” y “destrezas”, no es nuestro asunto hacerla, puesto que ya ha sido inagotable materia de una amplísima literatura analítica y crítica. Sólo puede interesar aquí retener el hecho de que todos los criterios de selección, de calendarios, horarios y programas, y de exámenes y promociones, corresponden, quiera que no, a aquella subcultura (no “*cultura superior*”) generada por el propio sistema, en primer lugar; encarnada muy profundamente en sus más inmediatos beneficiarios, administradores y maestros, en segundo lugar; y determinada, en su última *ratio*, digamos, desde su cúspide corporativa universitaria, profesional, urbana y de clase, como tercera característica. Y de que, por lo tanto, no corresponde, y es inútil lamentar que cada nueva generación o promoción escolar premie al contingente similar a ella o nacido de sus entrañas, acogiéndolo en su seno, y castigue, aun sin quererlo, a los extraños.

La situación es efectivamente la misma que la denunciada por Michellet hace casi un siglo y medio, en esas primeras lecciones del curso que él iniciara un 16 de diciembre de 1847 en el College de France y que fueran interrumpidas bruscamente por un decreto ministerial un 2 de enero de 1848.

Pero volviendo a la cronología, no sería difícil estar de acuerdo en que, en sus sueños como en su alianza, la ilustración, la fe en el progreso indefinido, la postulación de “el mejor de los mundos posibles” y de una providencial y civil *mano invisible*, y el mito republicano liberal del Estado nacional igualitario, fueron cosas coetáneas y emparentadas con el proyecto inicial de lo que hoy entendemos por la educación y la cultura, y que fue en gran medida colgando de todo eso que las nuevas visiones de la historia, como desarrollo dialéctico inevitable de la *idea* o de la *materia*, terminaron, en la práctica, pactando por igual con el positivismo los entendimientos necesarios para formalizar los dogmas sobre el proceso social que habrían de incrustarse como tales en la mente de las minorías políticas “educadas” y de las mayorías “ciudadanas”.

Podría alegarse, de nuevo, que la cosa había comenzado mucho antes, con las corporaciones caballerescas, religiosas, artesanales y académicas medievales y, particularmente, con la incorporación de la lógica de la *ars magna combinatoria* y de la teoría alquimista de la piedra filosofal de los Raimundo Lulio de toda Europa, al sueño de un proceso múltiple de docencia-aprendizaje que pudiera responder plenamente por la *formación* humana. Y que esto ya estaba bien explícito en la *ratio studiorum* jesuita o en Francis Bacon, e imposible más textualmente en Comenio, en medio ya de la ruptura de ese triángulo de poder y afectivo que un pensador medieval describiera en su concepción del *imperium*, el *sacerdotium* y el *studium*, como los tres pilares de la sociedad.

Pero, de nuevo también, este alegato histórico, justo o admisible en el sentido de fijar responsabilidades, no agrega mucho en términos de una respuesta de fondo al problema.

Resulta mucho más iluminador echar una mirada a lo que ocurrió posteriormente con la cultura, hasta llegar a nuestros días: a ese camino que llevó a Europa desde la Revolución Francesa y el descubrimiento de Italia por Goethe, pasando por Burckhardt y el *Kulturkampf*, y pasando por el Arco del Triunfo de l'Etoile y la Comuna de París, entre represiones, banderas, monumentos y orgullos culturales y militares nacionales, hasta el inenarrable cementerio de Verdún. Porque en ello podemos reconocer también algo de la tragedia, más difusamente registrada, de nuestras imitadoras Repúblicas. Y porque en ese recorrido comenzó a revelarse la superstición o la debilidad de unas metas ideales que servían, desde una injusticia institucional fundamental, para exigir u obtener un sometimiento prolongado de los pueblos en aras del futuro, en tanto en lo inmediato y a la postre todo el provecho era para los intereses y el goce del poder y de la vida de los favorecidos por esa misma inequidad inicua.

Hoy podemos decir estas cosas sin temor a equivocarnos porque conocemos el final del cuento, que no terminó ahí. Ese final, que fue precisamente la Segunda Guerra Mundial, nos explica el por qué un descubrimiento como el de la Educación y la Cultura, con mayúsculas, tan reciente en su concepción como en el sentido de la auténtica empresa en que se convirtió, haya entrado, y no casualmente, en el mismo remolino en que naufragan las demás concepciones en que se contenía la rosada visión que el siglo pasado acariciaba sobre la sociedad "civilizada" e industrial y que, apenas modificadas, siguen siendo aún hoy la base de la mayor parte del discurso político habitual de cualquier signo sobre el presente y el futuro. Remolino, por lo demás, que finalmente se presenta como es, vale decir, insalvable desde ese mismo discurso y, por lo mismo, como decíamos, acaso feliz, en el sentido de que algún día tendrá que ser enfrentado sinceramente para romper definitivamente una de las cadenas de la esclavitud y de la transmisión del poder que hacen imposible la justicia en la sociedad.

Durante la Segunda Guerra Mundial, y sobre todo a su término, el mundo tuvo que hacerse cargo cabalmente, en efecto, al menos por un momento, del hecho de que las escuelas, los jardines infantiles y las Universidades, el saber, una incomparable tradición filosófica, el más fino y socializado cultivo y goce de la música y de los deportes, la literatura y todas las artes, el desarrollo científico, económico y técnico, el orden del hogar, la higiene y las aparentemente más acendradas tradiciones; no eran cosas que sumadas unas al lado de las otras, ni en su conjunto, sig-

nificaran de por sí ninguna garantía mayor para un pueblo, no ya de una “excelencia”, como otros empezarían a decir más tarde, de su “civilización”, sino de tan sólo la imposibilidad, que se creería elemental, de caer en la monstruosidad y depravación de las torturas experimentales, de las masacres de indefensos y del genocidio de millones de seres humanos.

Ante las cámaras de gas, los hornos crematorios y la realidad de los sobrevivientes en los campos de concentración del Tercer Reich alemán y, en el registro del mundo democrático, ante Hiroshima y, por las dudas, ante su gratuita repetición que fue Nagasaki, se hizo imposible no sacar esa conclusión, y no barruntar lo que ello significaba también como bancarrota de cualquier positivismo, en términos de un proyecto histórico-político de lo que podríamos llamar la construcción de una “gran sociedad” por sus piezas o ladrillos. Y, por lo tanto, se hizo imposible no considerar también las monstruosas proyecciones que podían tener las deformaciones sociales y las trampas de las instituciones establecidas, que en todos los países, grandes y pequeños, orgullosos de su civilización, de su educación y su cultura, advertían de la existencia de los mismos gérmenes de aquello.

Todo esto se concluyó, se barruntó o se consideró, en el momento mismo. Se volvieron a recordar algunas advertencias evangélicas, como aquella de la imposibilidad de servir *a dos señores, a Dios y a las riquezas*. Pero, al fin, la guerra había terminado; todo esto era demasiado abstracto y difícil; demasiado metafísico y lejano; y no había por qué ni cómo dejar de soñar de nuevo en la felicidad, y en volver a retomar el hilo de la vida común y espontánea que se había interrumpido con los cañones. De modo que el asunto quedó ahí.

En el tiempo que ha seguido, en todo el mundo se ha reiterado hasta la náusea la experiencia, hasta el punto que resulta innecesario poner ejemplos. En lo que toca al Nuevo Mundo, Estados Unidos volvió a demostrar en Vietnam hasta dónde era capaz de ir, con un pueblo que no estaba amenazando precisamente sus fronteras, y mientras la mitad de sus ciudadanos habían ya perdido todo interés en su participación política. Y los orgullosos países latinoamericanos del Cono Sur han conocido los alcances pretendidamente irreversibles de su cultura y civilización democrática cuando se trató de que sus pueblos intentaran democráticamente sostener una vía nueva de transición hacia una economía más de todos.

¿Y entonces? Esa fue, ha sido cada vez y sigue siendo la pregunta.

Es claro que ella es inmensa. En la dirección lineal del tiempo, que dirigía los pasos y los pensamientos que se daban en la empresa social, entendida como una empresa administrativa, de autoridad, industrial e

histórica, indiscutible e irreversible, la pregunta es por lo menos respecto a esa dirección, por saber hacia dónde hemos de mirar ahora, si hacia adelante o hacia atrás, si hacia arriba o hacia abajo, o, si acaso, hacia los lados, o, al mismo tiempo, en todas direcciones. Y no hay duda de que es una ficción la pretensión de que es posible lograr un enriquecimiento sostenido o un poder creciente sin hacerlo a costa de otros, y de que por lo tanto es preciso revisar completamente la idea del desarrollo, concebido como una operación que en cada caso se circunscribe a unas fronteras nacionales, o tomar como receta histórica el desarrollo mayor de las grandes potencias industriales. Ni tiene sentido pensar en darles alcance sin hacerse parte de ellas y a costa del resto del mundo; ni en colocar a un pedazo de la sociedad de un país menos desarrollado en el mismo nivel que la clase más favorecida de los países desarrollados sin pagar por ello un igual mayor retraso correspondiente del resto de esa sociedad nacional. Pero esto obliga a revisarlo todo, y ya no por razones sólo de compasión o de fraternidad y solidaridad, sino por diversas razones extremas de vida o muerte.

En el terreno pretendido de la educación y la cultura esto tiene, por cierto, una traducción totalmente revolucionaria.

Sin embargo, todo indicaría que pese a la reiteración múltiple de la experiencia trágica que, a diferencia de las razones, pareciera ser lo único que conmueve nuestro común discurso político y nuestro discurso aceptado sobre la sociedad humana y sobre la historia; no da aún para eso, y que de la lección misma no se saca verdad ni siquiera para el silencio y la meditación y, por el contrario, se le oculta o, particularizándola, se le escamotea.

Aun el traer al caso la previsibilidad de la anunciada némesis apocalíptica de un sistema económico y social fundado finalmente en la explotación organizada del trabajo de los más indefensos, que son la multitud de los hombres, tampoco es una respuesta histórica satisfactoria o completa. Porque con un sólo ejemplo y concepto, como el del “stalinismo”, también ya condenado verbalmente de manera universal, por lo menos en el caso histórico que le dio el nombre, es evidente que, en lo que debiera interesar permanentemente, de lo que se trata es del conjunto y del resultado de una forma de pensar y de actuar frente al problema de la construcción de una nueva sociedad. Tampoco la invocación simple de lo colectivo, frente a la respuesta individualista que ya se ve que no es respuesta, satisface sin más el problema.

En un mundo como el latinoamericano no había que ir tan lejos para ver las cosas como son, si de verdad se les quería ver.

En América Latina no fue un azar que, en los días de la Independencia, todos los dirigentes patriotas reivindicaran la causa de los antiguos y legítimos señores de la tierra, de los pueblos que fueron masacrados, sometidos y reducidos a la servidumbre por la Conquista española, y en la que la Cruz acompañó siempre a la Espada. Se recordó entonces que fue no menos terrible la suerte impuesta sobre el indio por los espíritus cristianos más humanitarios, cuyo mensaje de salvación se reducía en el fondo a hacerle ver a los vencidos que lo mejor era la mansedumbre, el abandono de sus dioses y su conversión y su lenta identificación con el mundo y la ley de sus verdugos. Pero, establecidas las Repúblicas, en nada cambió la situación de los pueblos indígenas: se siguió la guerra contra ellos cuando se alzaron; se adelantó como nunca, después de la Conquista, su despojo; y los mejores consejos que escucharon fueron, de nuevo, los de dejar lo más rápidamente posible de ser indios, en primer lugar castellanizándose y yendo a la escuela de los criollos; y el discurso oficial, lo mismo que la Iglesia, siguió bendiciendo las armas de la “pacificación”. Los casos contados de indígenas puros que llegaron a destacarse en algo en nuestras flamantes Repúblicas, hacen ver la facilidad igualitaria de burla que se les ofrecía con el pretendido nuevo trato; y la miseria de los pueblos indígenas en el día de hoy es una demostración concluyente de lo mismo. Podría seguirse con el examen del caso del trabajador agrícola sin tierra, y con la combinación, de temporadas, del minifundio y latifundio, también hasta el día de hoy; o con la distribución geográfica y social del ingreso, de los índices de nutrición, de natalidad y mortalidad infantil, de atención médica, de niveles habitacionales y de seguridad social, etc. Desde el indígena y el campesino se levanta la escala del ascenso social hacia arriba. En el mundo rural latinoamericano, dondequiera se levantó una escuela, se diría que se instaló una poderosa plataforma giratoria de alta velocidad para arrancar, como por fuerza centrífuga, a sus frutos más adelantados proyectándolos a la ciudad, más en huida del mundo en que crecieron que en búsqueda de una fuerza mayor para transformar la existencia de él; por lo tanto, se ganó más en la insolidaridad que en la solidaridad. Y el “progreso”, en la mayoría abrumadora de los casos, significó el despojo de la tierra para los hombres, empezando por la gran carretera pavimentada buscando siempre la recta, construida a la dimensión del automóvil y para su uso exclusivo, prohibida para el rebaño, el burro, el buey o el caballo, y mortal para el peatón, marginadora de todos los lugares poblados de larga historia que se sustentaban del paso por ellos del viejo camino serpenteante. Inútil defenderse. Y, en el otro extremo, la gran urbe elefantiásica y parásita, medrante, sin fe en nada, tranquilizable con pan y circo, pero sí escolarizada para el siempre más intenso consumismo, en todo al

modo de los más ricos países industrializados. En este sentido, sorprende releer la notable *Radiografía de la pampa*, anti-Sarmiento, de Ezequiel Martínez Estrada, escrita en 1930, que conserva, cincuenta años después, total vigencia en la mayor parte de América Latina. Y su autor en ese tiempo no supo nada de lo que hoy constituyen ciertos nuevos inventos, como la televisión, que hace más ostensible la brecha insuperable, el oprobio del pobre y el goce de la vida de los ricos, en un único mensaje unidireccional a todos los habitantes del país; pero intocable, por estar al servicio de la publicidad comercial que la establece y que no necesita para resarcirse sino del consumo de una franja menor de la sociedad.

El balance final es que la brecha, lejos de cerrarse, se amplía, dentro de cada país, en la mayor parte de los casos, y en grandes zonas del Tercer Mundo, en forma cada día más terrible. Para no hablar de la desnutrición, la muerte por hambre alcanza anualmente cifras de decenas de millones de seres humanos, concentrando así cada año los resultados de una gran guerra mundial moderna. Y, por lo mismo, la guerra armada ya no es un fantasma, salvo en su dimensión nuclear, global o de enfrentamiento de las mayores potencias.

Es en este cuadro que es preciso leer el presente y el próximo futuro de América Latina, como lo saben muy bien, para sus adentros, cada día mayor número de sus hombres y mujeres. Ya no es necesario, por lo tanto, hacer una larga historia o plantear a las conciencias una teoría abstracta del proceso del capital para que se entiendan unas cosas que sólo el tiempo va poniendo, con mucha mayor rapidez, a la vista.

Y no es cierto que el apocalipsis nuclear sea el único o mayor peligro real, porque puede ser más real que él la realidad creciente que ya se está dando en el genocidio indirecto, gobernado desde las grandes potencias, desde las empresas transnacionales y desde los mercados, ante los ojos, por cierto, de las grandes organizaciones internacionales. Sólo en apariencia, paradójicamente, se percibe, aquí y allá, que la respuesta a ese genocidio será la multiplicación de las guerras internas y, como contrarréplica de su estallido, la posible multiplicación de las guerras locales, para todo lo cual ya está abierto desde hace tiempo un cada vez más amplio mercado de todo género de armas modernas. Pero esto llevaría al fortalecimiento cada vez mayor y a la multiplicación de las tiranías represivas y anti-nacionales, o al replanteamiento por el imperialismo del capital de, otra vez, el genocidio directo o indirecto y, por lo tanto, en definitiva, a la preparación para la conflagración nuclear, para lo cual también se toman día a día más terribles decisiones.

Esta espiral es ya tan real en los hechos como en su argumentación, por lo cual el desarme es, primeramente, sobre todo una cuestión de pro-

paganda psicológica, y sólo en segundo lugar una preocupación mayor verdadera. Porque la guerra nuclear va a ser más bien, si ocurre, una consecuencia que un arrebato o el resultado de una falla mecánica.

La única salida que queda sería el viraje completo de las grandes potencias capitalistas, empezando por la mayor. Vale decir, el recambio tecnológico, sí, pero no de una tecnología por otra más avanzada, sino de toda la operación del capital. Difícil es pensarlo, y más difícil aún que así se comprenda, se decida y se intente.

Volviendo a la América Latina, la pregunta sería si en algunos países de ella podría intentarse esta revolución, después o antes de la guerra interna. Porque en el momento actual, donde todavía esa guerra interna no se da, desde la guerrilla popular o desde la represión preventiva de la tiranía, la mayor parte de los gobiernos se mueven cada día más difícilmente entre las exigencias de las burguesías locales, del imperio, de las transnacionales, de los inversionistas extranjeros, de sus acreedores y de los organismos internacionales de crédito, por un lado, y de las necesidades imperiosas de sus pueblos, por otro. Y la segunda pregunta sería si las revoluciones populares triunfantes tendrán, en los países en que se den, la posibilidad real, por suma de factores morales y materiales, y la clarividencia para cumplir esa segunda revolución y no recaer de nuevo, aunque sea en otra forma, en el mismo marco general anterior.

Lo que se vive, por lo tanto, es la más grave guerra oculta por otros medios, vale decir la política en sus mayores disyuntivas.

Si esto es así, cualquier planteamiento sobre la crisis de la Cultura, con mayúscula, podría parecer incongruente y a destiempo, por lo menos. No es tan claro, sin embargo, que sea así, porque también en la política o en la guerra y en el tiempo, que en el fondo es sólo el hombre, todo cuenta; nada se sabe de cierto, como decía Vico, sino sólo lo que se hace; y porque, como ya alguien dijo hace mucho, es en el terreno de las ideologías donde los hombres toman conciencia de los conflictos que se manifiestan en el mundo económico.

América Latina es, como muchos han señalado, un extraño espejo histórico en donde lo nuevo se superpone sobre las figuras anteriores sin borrarlas del todo, y al mismo tiempo es un mundo sin las raíces históricas ni, por lo tanto, el peso de la tradición de otros mundos, y donde se hace imposible más presente la contradicción de la construcción social emprendida como sobre una tabla rasa, sin mirar la realidad especial de cada pueblo. Por todo ello, debiera ser posible y menos difícil replantear el problema de la construcción de una sociedad en todos sus términos sin escamotear aspectos fundamentales en aras de unas pretendidas etapas obvias que no son tales, o de un menor de los males, demasiado semejante al cuento del mejor de los mundos posibles.

Pero ello llevaría también a otra cosa: el enjuiciamiento, hasta lo más profundo, de cualquier positivismo, vale decir de una visión de mosaico, de especialistas, compartamentalizada, de la sociedad.

En el terreno de la naturaleza, alrededor de la ecología se ha venido advirtiendo, en los últimos años y en todo el mundo, con cada vez mayor fuerza y mayores precisiones, a dónde lleva la invocación del optimismo irracional que se habría de tener sobre las sobradas capacidades de la humanidad para ir solucionando a su tiempo los problemas insolubles en el momento que crean las empresas puntuales de beneficio inmediato.

Acaso la iniciación de una rendición cabal de cuentas sobre la empresa de la cultura, tal como ella se ha dado, que se hiciera cargo, sin señuelos propagandísticos ni optimismos alentadores, de todo lo que se ha observado y experimentado en su terreno, incluyendo las grandes contradicciones ya apuntadas, pudiera servirnos hoy de guía.

José María Bulnes